

Educación, trabajo y futuro de Venezuela

Luis Ugalde, s.j.*

La revista *SIC* nació en enero de 1938 como “revista de orientación católica” en tiempos de incertidumbre y encrucijada nacional. En la primera presentación editorial se subrayaba “*la trascendencia de la hora crucial que vivimos, de la que ha de surgir ineludiblemente- buena o mala- una Nueva Venezuela*”. Setenta años después Venezuela se halla en otra encrucijada, con un cuadro nacional y realidad mundial muy distintos.

PARA SALIR DE LA POBREZA

Nuestro problema nacional sigue siendo la pobreza: el 70% de la población tiene un empleo, desempleo y subempleo, pobres y una educación de pobre calidad y con escolaridad promedio que no pasa de la mitad de los países más desarrollados. El petróleo a precio alto nos

mantiene drogados y con la ilusión de que su renta nos garantizará el futuro, aunque a la mayoría se le niegue el trabajo y la creatividad. Como nunca antes, conviven un gobierno multimillonario y un pueblo pobre. Para la superación de la pobreza, con democracia en libertad y justicia social, no hay más salida que apostar a los talentos subutilizados de los 27 millones de venezolanos y convertir el petróleo en palanca de su transformación educativo-productiva.

Esa apuesta tiene dos puntas y es necesario caminar desde los dos extremos hasta que se encuentren: la revolución educativa por un lado y la generación de empleo productivo, masivo y de mayor calidad, por otro. Todo ello apoyado por unas instituciones y servicios públicos básicos de primera. No hay país desarrollado que haya avanza-



do sin recorrer este camino y Venezuela no lo ha empezado, a pesar de la danza de palabras rimbombantes y de revoluciones de pacotilla. Ni Venezuela, ni Cuba han realizado la revolución productiva para salir de niveles de subsistencia y siguen insatisfechas las necesidades básicas de la mayoría.

Pero además, las aspiraciones están globalizadas y no se puede decidir autoritariamente lo que la gente desea tener como nivel de vida y de libertad. Más allá de las necesidades hay toda una inmensa *industria de los deseos*, que estimula la enorme elasticidad de los deseos humanos para así vender los nuevos productos con ilusión de felicidad. Esto no quiere decir que los países desarrollados sean felices, ni que la actual globalización capitalista, sea humanamente satisfactoria.

REVOLUCIÓN EDUCATIVA

Necesitamos un amplio acuerdo nacional público a fin de concentrar todas las fuerzas y medios en estos tres aspectos interconectados: revolución educativa, empleo masivo de calidad productiva creciente y saneamiento del Estado y de las instituciones públicas.

Hacen falta 14 años de educación escolar y tenemos sólo la mitad. Para lograrlo no se requiere ningún cambio de Constitución sino cumplirla y trabajar efectivamente para que todo joven venezolano termine el nivel de secundaria (art.103). La escolaridad promedio del 20% más pobre de la población no llega a sexto grado en una pobre escuela. Sobre esa base es imposible crear en el siglo XXI una realidad educativo-productiva que supere la pobreza y la frustración nacional.

Este gran salto en la política pública educativa exige una alianza sostenida entre el mundo profesional y los sectores populares, basada en el mutuo conocimiento, aprecio y comunicación de capacidades y de objetivos compartidos.

La Universidad debe cambiar para ser el eje de esa alianza educativa, pues es donde se forman los profesionales de todas las áreas, incluso de la educación. Con cerca de millón y medio de jóvenes en la

educación superior (en institutos más universidades), es imprescindible que la universidad tenga el centro de su identidad en el problema crucial de Venezuela, que es la superación de la pobreza. Ésta (como ocurría hace 100 años con el paludismo) es suficientemente lamentada y denunciada, pero muy poco combatida efectivamente. Las mayorías venezolanas, con sus frustraciones y aspiraciones han de estar en el centro de la universidad y de su atención.

Una de las mayores distorsiones de nuestra heredada realidad educativa es que todo nuestro sistema educativo está marcado por un complejo de señoritos y una cultura de doctores. Por ello, los estudios de todos son enfocados hacia la universidad. En la última década, lejos de corregir esta grave distorsión, petrolera-rentista, se ha acentuado de manera que quien no entra a la universidad se considera un fracasado. Esto no ocurre en ningún país exitoso del mundo, donde por lo menos la mitad tiene buenas alternativas no universitarias. Nuestro ciclo superior en secundaria es *diversificado* más verbal que realmente y la universidad para la mayoría es una encrucijada de frustraciones: son rechazados o admitidos sin nivel para ser exitosos o la abandonan. Una minoría está a la altura mundial. Tanto las universidades como la formación técnica y las escuelas profesionales se deben medir con niveles internacionales y no hacer demagogia con los pobres, al tiempo que se les infravalora, como si fueran incapaces para algo mejor que una pobre escuela.

TRABAJO, ECONOMÍA Y VALORES

La generación de empleo productivo es un grave problema mundial que incluso pesa tremendamente sobre la incertidumbre de los jóvenes en países ricos. Para un país petrolero con dólares es muy difícil resistir la importación subsidiada y priorizar el trabajo productivo de la población. Hoy el 70% de los trabajadores (de la fuerza de trabajo) carece de trabajo productivo digno. Nuestro problema aumenta si ideológicamente –al contrario de

los comunistas en China y Vietnam– se considera que es rechazable, o sólo tolerable con trabas, el empleo generado por empresas capitalistas; con lo que recae sobre el Estado todo el peso de generar empleo de calidad para 13 millones de trabajadores. Fórmula que ya fracasó en todos los países donde se intentó.

Es bueno recordar a Marx: *“La burguesía no puede existir sino a condición de revolucionar incesantemente los instrumentos de producción y, por consiguiente, las relaciones de producción y con ello todas las relaciones sociales”* (Manifiesto 1948). Este carácter de la revolución capitalista no es algo que acabó en el siglo XIX, sino que se disparó en el XX y corrió en paralelo por delante de los socialismos reales, y continúa triunfante en el XXI. Lo que ha llevado, por ejemplo, a los chinos a asumirlo y tratar de ponerlo a su servicio y de su proyecto *comunista*. Ningún moralismo cambia esta fuerza capitalista arrolladora. Una condición necesaria para esa expansión es el crecimiento del mercado (y el acceso mundial de los excluidos al consumo), pues si no hay compradores se arruinan los vendedores. Por eso decía Marx que *“mediante la explotación del mercado mundial, la burguesía dio un carácter cosmopolita a la producción y al consumo de todos los países. Con gran sentimiento de los reaccionarios, ha quitado a la industria la base nacional”* (Ib.).

DIALÉCTICA DE MERCADO Y ESTADO

Las formas estatistas de socialismo con prohibición de la iniciativa privada han fracasado, y el capitalismo sigue manteniendo la primacía en la revolución de las fuerzas productivas. Sin embargo el *capitalismo salvaje* (Pío XI) ayer y hoy genera enormes problemas civilizatorios y necesita contrapesos institucionales que se relacionen dialécticamente y lo corrijan. El mercado es la forma más eficaz de organizar la economía, pero no es la forma mejor de organizar y dignificar la sociedad. Son las democracias sociales fuertes las que encauzan el agua de la producción capitalista

de manera que beneficie a todos. Es imprescindible el Estado con todo lo que implica de encarnación del interés general y de solidaridad, con autoridad, ley común e institucionalidad para todos.

En el pasado ya lejano el Estado moderno encauzó esa fuerza capitalista para el bienestar de todos o trató de sustituirla. Con el tiempo quedó en evidencia que el Estado es con frecuencia un auténtico Leviatán opresor en manos de un dictador, una clase económica, o un grupo político, que imponen su poder absoluto al conjunto. El Mercado con las hoy dominantes corporaciones puede ser criminal y también el Estado. Por eso se requiere una nueva Fuerza Humana Moral con visión de ciudadanía global para impedir la absolutización de ninguna de las dos y utilizar a las dos como instrumentos.

El capitalismo superó algunos viejos problemas y creó otros globalizados. Por ejemplo, la permanente revolución productiva ya no se limita a una burguesía minoritaria, sino que la población trabajadora de todos los niveles se ha *aburguesado*, en su conducta productiva y en sus deseos y aspiraciones de consumo y modos de vida. Ello plantea una discusión humanista sobre la cultura consumista y de *individualismo posesivo* que se van imponiendo en el mundo. Pareciera que el éxito del economicismo reduccionista va imponiendo una civilización sin alma ni corazón, con un claro empobrecimien-

to de las relaciones humanas y personales y sin sentido trascendente de la vida.

Otro problema es que la globalización de ese modo capitalista incrementa de manera alarmante la capacidad destructiva del hombre y sus medios tecnológicos. Si el modelo se impone en todo el mundo y para todos, los recursos de agua y de combustible son escasos y el hábitat está amenazado por problemas de calentamiento y otros. En la actual China (y en la India) los políticos, empresarios y los deseos de su población están desatados y aliados con frecuencia a las formas capitalistas más salvajes de consumo y de producción.

La amenaza al medio ambiente propicio para la vida hace que el problema ético no se ciña a las relaciones obrero-patronales, ni siquiera sólo a las relaciones entre países ricos y pobres, sino también a la destrucción del hábitat para la vida; hay avances inmorales en sus consecuencias, ya graves para esta generación y mucho más para las futuras. Esto no se frena con la tasa de ganancia como principio rector, sino que los valores morales y el instinto de conservación de la humanidad deberán convertirse en creciente y poderosa fuerza para el cambio.

La globalización capitalista, sin autoridad mundial y sin leyes ni ética, crea en los pobres los *deseos*, pero les niega la posibilidad de satisfacerlos, pues el modelo consumista no es generalizable porque mata el hábitat y carece de recursos escasos como combustible y agua. Se avizoran nuevas formas de enfrentamiento mundial entre poderes. Así mismo la globalización animada por pretensiones hegemónicas de un poder omnipresente lleva a guerras *santas* criminales que no reconocen ni afirman la pluralidad humana de culturas y religiones con igual dignidad. Estamos lejos de una autoridad mundial eficiente y con verdadera autoridad moral que vele por el bien común de todos y no sólo por los intereses de los más poderosos. ¡Todo un cambio de civilización!

Venezuela necesita inversión, iniciativa y tecnología de punta, con

florecimiento de la libre iniciativa y creatividad interna. Todo ello con visión crítica y consciente de las amenazas al medio ambiente y del armamentismo que se siguen del poder incontrolado de la tasa de ganancia o del unilateral poder estatal-partidista. Ambos necesitan de la ciudadanía organizada que los controle. Los dólares petroleros sólo hacen al gobierno capaz de comprar lo que no producimos como país, corrompe a los que disfrutaban el poder y los vuelve millonarios de rango internacional. Necesitamos poder ciudadano que domine a su Estado con institucionalidad fuerte y eficiente y que, a su vez, fortalezca educativa, productiva y ciudadanamente a las mayorías.

El capital internacional y el mercado parecen medios inevitables, pero deben ser contrapesados por alianzas entre estados con políticas orientadas interna y externamente a un efectivo bienestar de una humanidad plural. Esta cultura de ciudadanía mundial solidaria, no la produce el capitalismo sin muchas formas de solidaridad social, ética y legal, nacional e internacional. De ahí que necesitemos una democracia social efectiva.

* Rector Universidad Católica Andrés Bello.

